



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

SÁBADO 15 DE FEBRERO DE 1873.

NÚM. 119.

LA LUZ.

Es añejo error de gentes ignorantes, el reirse del paganismo y el tratarle con menosprecio, como si á su sombra no hubieran vivido centenares de generaciones y una buena parte de la moderna civilización no proviniera de aquella Sociedad presidida por los dioses del Olimpo. Los enciclopedistas también hicieron lo propio; pero bajo otro criterio histórico. Viendo los males que llenaban el mundo á causa de los grandes crímenes históricos del catolicismo, maldijeron de todo aquello en que hubiese un átomo de fé religiosa y dijeron que el paganismo y el cristianismo y todas las religiones positivas, no eran más que vanos engendros de una imaginación calenturienta. Algunos con más profundo sentido indagaron el origen de los mitos y consideraron en ellos, ya que no su carácter religioso, el que eran inmortales personificaciones del arte y de la ciencia. Hoy, mejor conocidos, gracias á nuevos y más profundos estudios de la antigüedad, los juzgamos mejor y no somos tan injustos con el paganismo.

Que este fué una religión falsa, no hay que decirlo. Pero centelleó en ella ese sentimiento que será eternamente la base de toda religión positiva, la fé. La antigüedad creyó por más ó menos tiempo en sus dioses y á su sombra se levantaron poderosísimas sociedades. Con decir algunas gentes que los dioses no representaban más que el vicio y la inmoralidad, creen que han despachado y que han dicho la última pa-



LA DRACMA PERDIDA.

labra sobre la religión de Grecia y Roma. Se engañan. Para juzgar una religión, ha dicho no sé quién, se necesita tener sus creencias. Y es verdad. Las religiones paganas están basadas sobre el sentimiento; y perdidos los sentimientos que animaron á ésta ó á la otra religión, es imposible juzgarlas bien.

El paganismo puede decirse que es el hijo

Los dioses se interponen entre los hombres tomando al efecto figura humana y evitan sus querellas ó luchan con ellos. Pero el espíritu, inquieto siempre, filósofo silencioso que jamás deja de pensar, obrando y reobrando siempre sobre sí mismo, descubre que sobre el sentimiento tosco y grosero flota la idea immaculada y pura, como la vestal que guarda el fuego

de la naturaleza. La raza indo-europea es una raza móvil, artista, poeta, é impresionable. El hombre miró en torno de sí, y vió los mares dilatados, las montañas azules, los arroyos plateados, las olas de esmeralda y lo amó y lo sensibilizó todo. Después alzó los ojos y vió el sol radiante, las estrellas pálidas, el azul de la atmósfera, el éter siempre majestuoso, é hizo con lo de arriba lo mismo que había hecho con lo de abajo. Más tarde comprende los dos principios antitéticos que rigen la vida, la composición y la descomposición, la creación y la destrucción, el Ormuz y el Ahriman de los persas, y adora estas fuerzas naturales. En esta edad del paganismo el mugido de las olas y el rayo que lanza la nube tempestuosa, no son más que la cólera de Neptuno y la ira de Júpiter. De la naturaleza física se pasa á la moral. El hombre, ya ha reflexionado sobre sí mismo y ha encontrado dentro de sí otro mundo de observaciones tan brillante y tan espléndido como el de la naturaleza física. Entonces se personifican las pasiones, las virtudes, los vicios, el amor, el odio, la embriaguez, la continencia, todo lo que se refiere al mundo moral.

sagrado, y entonces la adora, y el arte y la ciencia surgen y se los personifica y se los simboliza. La filosofía, última etapa de la idea, encuentra también en el paganismo que se amolda á ella, formas y símbolos. Pero la idea, que es lo más demoledor y lo más revolucionario que existe sobre la tierra, se apodera á su vez del paganismo y le analiza y le descompone y le tritura. Se llega á un momento sublime en que el espíritu se conoce plenamente á sí mismo, cuando hasta aquí sólo había conocido el mundo antiguo, el espíritu en la naturaleza. Este momento se llama Sócrates, y Sócrates es como un nuevo día de la humanidad. Si la metáfora no parece demasiado atrevida, Sócrates nos ha parecido siempre como el San Juan pagano del cristianismo.

Al llegar á este punto el hombre había ya agotado todas las formas que puede revestir el sentimiento religioso; y Dios, condolido de su miseria, le dió una revelación inmediata, la religión cristiana.

OCHENTA AÑOS DE LUCHA.

VIII.

Canadá en Frisia la primera batalla por los patriotas, el Duque de Alba voló en auxilio de los tercios derrotados. Se dió una nueva batalla y los españoles vencieron. Ya se sabe lo que eran los soldados españoles de aquel tiempo, verdaderos bandidos rejimentados que nada respetaban. Así que, con decir que hubo villas incendiadas, mujeres y niñas violadas, viejos degollados á sangre fría, no hacemos más que decir lo que todo el mundo conoce. «Cuando el duque llegó con la retaguardia, dice Motley, el cielo estaba cubierto de humo y la tierra no parecía más que un montón de ceniza.» Después de esta victoria, volvióse el de Alba á Bruselas donde entró triunfante y comenzó otra vez su tarea de prender, encausar y decapitar.

El de Orange no se desanimaba tampoco ni se estaba quieto. Levantó un ejército de 20.000 hombres á invadir el corazón de Flandes. Sus soldados tuvieron que atravesar un río y le atravesaron con el agua hasta el cuello. Las banderas de unos regimientos llevaban este lema. «Pro Lege, Rege, Grege:» la de otros un pelícano que desgarraba su propio pecho, para sacar sangre con que alimentar á sus pequeñuelos. Muchos trabajos había costado á Guillermo levantar este ejército; muchos de los nobles que habían firmado el *compromiso* de Breda le abandonaron. Trescientas mil coronas le habían ofrecido los mercaderes y los gentiles-hombres de los Países-Bajos; diez ó doce mil le dieron. En cambio los pequeños le ayudaron. Un pastor anabaptista vino desde las fronteras de Holanda para traerle una pequeña cantidad recogida entre sus fieles. El duque de Alba siguió una táctica especial contra este ejército; la de no presentarle batalla nunca. Un mes duró la campaña y veintinueve veces cambió el duque de posiciones para no hacer frente al enemigo. Las más de las poblaciones esperaron las unas no se atrevieron á pronunciarse, hasta ver lo que sucedía, en favor de Guillermo, y las otras se pronunciaron tarde. Llegó el invierno y se vió obligado á marchar á Francia, donde entró con sus dos hermanos y mil doscientos hombres de armas de á caballo, dispuestos á pelear al lado de los hugonotes y bajo la bandera de Condé.

El duque de Alba volvió á entrar triunfante en Bruselas. Hubo flores, coronas, versos, himnos en honor del triunfador. En la misma plaza donde murieron los condes de Egmont y de Horn, se celebró un magnífico torneo en honor del duque. No contento con esto el mismo duque se mandó erigir una estatua colosal. La persecución de los herejes volvió á empezar, como era natural, con nueva energía; pero faltaba una cosa, grave por cierto; la aprobación por su Santidad de todo lo hecho en las Provincias-Unidas. Esta no se hizo esperar y fué más allá de lo que el duque creía. El duque tuvo la alta honra de que el Papa le enviara expresa-

mente un legado encargado de entregarle un magnífico presente, un sombrero y una espada guarnecidos de pedrería. Al regalo acompañaba una carta autógrafa y en la espada había sido gravada la inscripción siguiente: «Accipe sanctum gladium munus á Deo in quo deicies adversarios populi mei Israel.» Recibe esta santa espada que Dios te entrega para que con ella destruyas á los adversarios de Israel. Esta divisa, en resumen, no era más que una miserable blasfemia: una santificación del robo, del asesinato, de la violación, del incendio, de la matanza; y tanto más infame, cuanto que era hecha por el que se llamaba representante de Dios en la tierra.

¿Cómo iba á pagar el duque de Alba al Papa este lisonjero agasajo? ¿Matando más? Esto ya no era posible. Por una ley histórica inevitable, la tiranía iba á devorarse á sí misma. Sucedió lo que en el terror del 93. No teniendo extraños á quienes destruir el despotismo se volvió contra los mismos que habían ayudado á él, ó que de algún modo le habían consentido. El de Alba, al partir de España, había prometido á Felipe que él encontraría en Flandes vengadores más abundantes de riqueza que los que hallaban los aventureros en las Indias. Por lo tanto tenía que cumplir su promesa.

A. SANCHEZ DEL REAL.

ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

Discurso pronunciado el 23 de Enero último en el Teatro Nacional de la Opera, por el pastor don Antonio Carrasco. (1)

SEÑORAS Y SEÑORES: ¡Conque al fin es cierto que nos reunimos hoy para comenzar la grata nueva de la redención del esclavo! ¡Conque al fin es cierto que la Sociedad Abolicionista convoca á sus amigos para decirles: nuestras autópias de ayer son las realidades de hoy; nuestras ideas acerca de un punto de la cuestión social, se consideran ahora como las ideas salvadoras que han de preservar á las Antillas de males sin cuento; los insultos que ayer nos dirigían, los buscan hoy con afán todos los verdaderos amantes del progreso, y aún hasta el nombre de filibustero que en más de una ocasión ha hecho enmudecer á hombres que hubieran pronunciado una palabra en favor del pobre esclavo, hoy lo reclama para sí un ministro de la corona, porque se ha convenido de que aplicado como á nosotros se nos aplica, es sinónimo de amante de la justicia, partidario del derecho, amigo y protector del pobre esclavo, la eterna víctima siempre dispuesta para el sacrificio, siempre sacrificada á la insaciable avaricia de su dueño.

Un gobierno se ha atrevido en España á acceder á las instancias de la gran mayoría de los españoles que reclamaban la abolición inmediata de la esclavitud, y ha dado un decreto que, de llevarse á cabo, como todos nosotros creemos, producirá la libertad de treinta y un mil cuarenta y dos esclavos, que son los que existen en Puerto-Rico; y yo, en nombre de la Sociedad Abolicionista Española y en mi propio nombre, vengo á darle las gracias por haberse dignado escuchar la voz de la opinión pública y acceder á lo que de consuno reclamaban Dios, la libertad y el interés de la patria.

Más si he de decir verdad, me avergüenzo de tener que dar las gracias por este hecho; me avergüenzo de tener que dar las gracias al gobierno por haber publicado el decreto que redime á los esclavos de Puerto-Rico; porque se me figura que esto equivale á llamar sobrenatural la acción del hombre que encuentra un puñado de oro y lo devuelve á su legítimo dueño; porque se me figura que esto es juzgar una virtud lo que es sólo el estricto cumplimiento del deber. ¡Gran Dios! á qué estado de corrupción habríamos llegado si encontrásemos natural el que los poderes falten á sus compromisos y nos maravillásemos de que uno haya tenido el valor de hacer lo que debe, aquello á que está obligado para con Dios y con su conciencia el hombre más humilde, el que ocupa el lugar más ínfimo en la escala social! (Aplausos).

Por eso yo retiro las palabras que acabo de pronun-

(1) Accediendo á los deseos de varios amigos, publicamos este discurso que fué tomado taquígraficamente.

ciar dando gracias al gobierno, y me contento con decirle únicamente: has cumplido con una parte de tu deber; me entregas á cuenta de lo que me debes la libertad de treinta y un mil cuarenta y dos esclavos; mas todavía tienes que poner en mi mano la libertad de otros trescientos sesenta y tres mil doscientos ochenta y ocho, que son los que viven sufriendo y gimiendo en los fértiles campos de Cuba. Por ahora te dejamos en paz, trabaja, vence las dificultades, remueve los obstáculos, procura saldar tu cuenta; te aguardamos, pero como acreedores, en la inteligencia de que si vencidas las dificultades y removidos los obstáculos, no hicieras más que lo que han hecho los gobiernos que te han precedido, es decir, remachar la cadena del esclavo; si un puñado de ricos hacendados, ó una turba de hombres sin entrañas te amedrentaran y te hicieran cambiar de propósito, sólo guardaríamos para tí el desdén que merecen todos aquellos que olvidan las sacrosantas leyes del honor y de la justicia (Aplausos).

Ocupémonos ahora de otros hombres que no son gobierno, pero que aspiran á serlo; de otros hombres que, según parece, han llegado á persuadirse de que España con sus provincias ultramarinas son suyas por derecho de conquista, y que todos los españoles estamos obligados á obedecerles como los esclavos que ellos explotan allá en los ingenios de Cuba y de Puerto-Rico (Aplausos).

Señores, la Sociedad Abolicionista no cumpliría con su misión, faltaría por completo á su cometido, si cuando tantas voces se levantan contra la abolición de la esclavitud, no dejara oír la suya en pró de esa noble, santa y civilizadora solución. Nos dicen nuestros adversarios que no quieren reformas en los momentos actuales para Cuba y Puerto-Rico; pero la reforma que más odian, la que nunca quisieran ver realizada en las provincias ultramarinas es la encaminada á dar libertad á los esclavos. Gran marea se ha levantado en contra de ese decreto: los intereses amenazados por él, pasado el primer momento de estupor, se levantan, se rehacen, se agitan, evocan los nombres sagrados de patria é integridad nacional, velo augustos con que encubren su sórdida pasión, y envían emisarios á todas partes, y agitan las provincias, y crean círculos, y forman una Liga, y sostienen una atmósfera ficticia de inquietud y malestar, nubes de verano que desaparecerán ante la presencia del sol, en cuanto la abolición sea un hecho y vean que no hay más remedio que humillarse y pasar por los augustos umbrales del templo de la justicia; ellos, tan acostumbrados á hacer de su capricho ley, del derecho escarnio y del hombre una bestia que trabaje para que unos cuantos propietarios vivan entre el lujo, la molición y las liviandades del placer. (Aplausos). Pues bien, la abolición se hará, y vosotros sus enemigos la aceptaréis forzosamente, porque no se puede ir contra la corriente general, ni tener para siempre velada la imagen austera de la justicia; la abolición se hará porque está en la conciencia de los españoles, y porque también está en la voluntad de Dios.

¡Parece mentira, señores, que en el siglo XIX, siglo tan noble y tan glorioso por tantos conceptos, exista un solo hombre que proteste cuando se trata de dar la libertad á un puñado de infelices esclavos! ¡Parece mentira que en esta tierra que, como ha dicho muy bien nuestro digno Presidente, es la tierra clásica de la hidalguía y del catolicismo, se encuentren hombres que protesten y se opongan á que unos cuantos negros obtengan la libertad á que tiene derecho todo ser racional! ¡Quién lo hubiera creído! Y sin embargo, estos hombres existen. Ahí está la Liga que lo dice y lo sostiene, y cree que no es justo ni conveniente á los intereses de la patria el que en estos momentos obtengan los negros la libertad.

¿Qué dice la Liga? ¿En qué se funda para rechazar la abolición inmediata de la esclavitud? Dice que quiere la integridad de la patria. Nosotros también la queremos; nosotros también amamos la integridad de la patria; pero queremos con ella la integridad de la raza humana vilmente ultrajada en la persona del misero africano. (Aplausos frenéticos). Nosotros queremos las provincias ultramarinas para España; pero las queremos habitadas por hombres que sepan ejercer sus derechos y cumplir con sus deberes; las queremos habitadas por hombres libres que vengan á la Península á

darnos ejemplo de todas las virtudes cívicas, y no á contagiarnos con la lepra moral que han adquirido al contacto de la esclavitud; por hombres que respeten al negro como á un semejante suyo hecho á imagen y semejanza de Dios, y que sepan todo aquello á que está obligado quien desea ser ciudadano verdaderamente honrado y libre de un pueblo libre y honrado también. (Aplausos).

Ahora bien, he dicho, que queremos las Colonias para España; pero si el día de la libertad no debiera amanecer nunca para aquella tierra privilegiada; si esa isla de Cuba tan bella, tan espléndidamente bella, como que la pobre nodriza negra cuando el niño que juega sobre sus rodillas le pregunta lo que es la luna, responde «es la isla de Cuba que se refleja en el cielo,» debiera siempre sustentar en su suelo á hombres sellados para la infamia y el dolor; si al dulce cantar de sus pájaros debiera mezclarse eternamente el crujiente chasquido del látigo; si sus galanas flores las hubieran de regar siempre el sudor, las lágrimas y la sangre del misero esclavo; si su tibia atmósfera ha de estar siempre cargada con los mortíferos efluvios de la opresión y la tiranía, entonces, húndase en las profundas aguas del Océano la soberbia isla de Cuba.... (Nutridos y prolongados aplausos).

Decía, pues, señores, que si la libertad no ha de existir nunca para ese pueblo, si ha de permanecer siempre sumido en la esclavitud, vale más que se hunda en las aguas la isla de Cuba y que la rugiente ola, mensajera de la justicia de Dios, venga á decirnos de su parte: «he borrado una iniquidad de sobre la faz de la tierra.» (Aplausos).

Señores: la Liga nacional que yo definiré en pocas palabras diciendo que es una sociedad de seguros contra la justicia y contra el derecho (Aplausos), no quiere la abolición inmediata de la esclavitud, no desea las reformas para Puerto-Rico y Cuba, teme á las agitaciones que la libertad puede producir, y dice que con ella se van á provocar conflictos, y á provocar tumultos. Y aun cuando así fuera, ¿qué libertad se ha conseguido en la tierra apaciblemente? Esa libertad de la prensa de que ellos hacen uso para emitir sus ideas y honrarnos con sus insultos; esa libertad de reunión que ellos ponen en práctica para que sus doctrinas prevalezcan y detengan el progreso que afortunadamente hace la idea liberal en nuestro pueblo; todas esas libertades, en fin, de que hoy pueden servirse, ¿se han conquistado por ventura sobre una mar en bonanza y bajo un cielo azul tachonado de estrellas? ¿Existe una sola libertad que no haya costado ríos de lágrimas y de sangre? Todo movimiento intelectual ó moral produce más ó menos agitación, todo desenvolvimiento de la libertad es más ó menos turbulento: libertad de la prensa, de comercio, de enseñanza, de cultos, esas libertades que los esclavistas aborrecen, excepto una, la de comercio de carne humana (Aplausos), son como las lluvias del estío que siempre vienen en alas de la tempestad; pero como ellas, refrescan el ambiente y fecundizan la tierra, que de otro modo se volvería completamente estéril. ¡Ah! la libertad es buena, la libertad es santa, y aun cuando todas las dificultades y conflictos vinieran con ella, aún la preferiría yo á la servidumbre, porque la libertad es la vida del alma, mientras que la servidumbre es la muerte. (Grandes aplausos). Yo la prefiero, porque ella es el único medio que existe para que el negro pueda hacerse digno de ser lo que está llamado á ser en España y en todas partes. Esos señores dicen que no quieren dar, que no conviene dar al negro la libertad hasta que esté preparado para ella; lo que vale tanto como aconsejar á un hombre que no se arroje al agua hasta que sepa nadar perfectamente. (Aplausos).

Que los que viven en América y defienden esa nefanda institución que degrada más al que la sostiene que al que la sufre no amen la libertad, no me extraña; pero lo que me extraña es que los de aquí, los de la Península, los que están afiliados á partidos constitucionales y todo lo deben á la libertad, la maldigan y la degraden; eso no lo comprendo, como no comprendo al hijo que se complace en degradar á su propia madre. (Grandes aplausos). ¡Ah! no profaneis la libertad, no la degradeis; que al fin y al cabo le debeis el ser y de ella habeis recibido con su leche vivificadora cuanto teneis de mejor y más preciado.

¡Libertad, libertad! la más fútil de todas las palabras ó la más santa, la más frívola de todas las ideas ó la más sublime. Me parece que en estos momentos en que abogo por los derechos de una raza oprimida, comprendo mejor que nunca lo que eres y lo que estás llamada á ser sobre la tierra. Ahora te siento más cerca de mí, con más poder sobre mi vida, más bella á mis ojos de lo que fuiste en años anteriores. Yo no dudo de tu influencia bienhechora, yo no te confundo con tu vana imagen; tal y como te concibo, tú me pareces la más completa personificación de la vida humana, tú eres su última y suprema expresión, tú eres la verdad de las cosas, el verbo de la naturaleza caída, y tus primeros pasos en la tierra los distes arrullada por las blandas auras del Paraíso antes de que brillara la espada de fuego del querubín. (Aplausos).

Señores, uno de los argumentos más poderosos á juicio de los partidarios de la Liga, es que la abolición inmediata, brusca, sin preparación de ningún género ni transición de ninguna clase, produce siempre la agitación. Pues bien: esta afirmación es falsa, completamente falsa; la historia lo ha demostrado victoriosamente. La historia ha dicho y lo repite con severa voz, que hay disturbios, que hay agitaciones, que hay conflictos allí donde se plantea la esclavitud gradual; y por el contrario que existe paz, orden y prosperidad allí donde se plantea la abolición inmediata.

En 1833, cuando se decretó en Inglaterra la abolición de la esclavitud, Jamaica, La Trinidad, Santa Lucía, Barbada y otras islas optaron por la abolición gradual. ¿Cuál fué el resultado? Que después de algunos años de prueba, en 1838 fué necesario decretar la abolición inmediata como único remedio á todos los males que se habían desencadenado sobre aquellas islas. Pues bien; una colonia inglesa, Antigua optó por la abolición inmediata sin aprendizaje ni preparación de ningún género. ¿Qué hicieron los negros á quienes tanto temor tienen ciertos blancos esclavistas? ¡Tanto es sin duda el daño que les han hecho, y tantos los rencores que sospechan se han amontonado en su corazón, que temen sean libres, no vayan á vengar una larga serie de crímenes y de tropelías! ¿Qué hicieron, repito, los negros de Antigua? Y cuenta que la esclavitud allí era más dura que en España y que el negro tenía más afrentas que vengar. Era el 31 de Julio de 1834, víspera del día en que se había de promulgar la ley aboliendo por completo la esclavitud: 29.424 esclavos iban á tomar posesión de esa libertad preciosa por la que suspiraban, y á entrar en el pleno goce de sus derechos naturales que les negaban un puñado de plantadores. Las Iglesias todas estaban abiertas y el más profundo silencio reinaba bajo sus bóvedas. Por todas partes se veían cruzar con dirección á la casa del Señor las melancólicas figuras de los negros. Cuando sonó la primera campanada de las doce, todos se arrodillaron, y cuando la última anunció á aquellos corazones cuyos latidos hubieran podido contarse en el silencio de la noche que ya eran libres, perfectamente libres, se levantaron como empujados por un misterioso resorte, se abrazaron todos llenos de emoción y con el alma desbordando de alegría, prorumpieron en un himno religioso de acción de gracias. Es, señores, que las cadenas estaban rotas, que los esclavos eran libres, y en aquellos momentos no pensaban en vengar agravios pasados, sino en dar gracias al Dios que había permitido disfrutasen de la libertad. (Grandes aplausos).

Y esto sucedía en medio de la semana: al lunes siguiente todos los esclavos volvían á sus trabajos. Esas son las turbulencias que ocasiona la abolición inmediata de la esclavitud. Los firmantes del manifiesto de la Liga quieren una abolición gradual, únicamente con la idea, así lo dicen ellos, de preparar al negro, de educarle, de hacerle digno de la libertad para que entre un día en la vida del derecho común, tan digno como cualquier otro ciudadano español, y ejercite esos derechos que nadie puede quitarle, porque son anteriores y superiores á toda ley, y tienen á Dios por autor. Se quejan de que la libertad se decreta pronto, y que la abolición de la esclavitud se piense llevar á cabo de improviso, sin premeditación, de distinto modo que en otras naciones donde se ha dejado transcurrir tiempo para que la opinión pública se formara. Pues bien: ¿es esto cierto? ¿Se ha procedido tan á la ligera como suponen los esclavistas? Contesten por nosotros los hechos. En 1773

se levantó en las Cámaras inglesas Guillermo Wilberforce, para protestar con toda la fuerza de su alma y la energía de su palabra contra la trata. Por espacio de 20 años combatió esa infame institución, hasta que una madrugada, cuando los primeros albores del día empezaban á colorear los viejos cristales de la Cámara de los Comunes, vió que su nación se decidía á borrar la mancha de la trata y á votar dos mil millones para su completa extinción en el mundo entero. Primer aviso que recibieron los esclavistas. ¿Cómo, pues, dicen que no ha habido preparación de ningún género?

Más tarde entró en el Parlamento Buxton, quien luchó durante diez años para que en su patria se aboliera la esclavitud y al fin consiguió que se decretara la libertad de 800.000 hombres. Segundo aviso que recibieron los esclavistas.

¿Qué hicieron estos al ver que se formaba una atmósfera abolicionista en Inglaterra? Pues hablaré de los poseedores de esclavos de la Jamaica, y vereis de qué modo se sirven estos señores del tiempo que se les concede para preparar al negro.

Durante las discusiones en el Parlamento inglés, ya habían dicho en sus periódicos que «esa medida tendía á hacer desaparecer la esclavitud; que con ella se cometía la más grande de las injusticias, el más violento de los despojos, y que la historia no registraría en sus páginas acto igual cometido por un gobierno contra sus gobernados.» Y añadían: «rogamos al Parlamento que corrija su origen debido al engaño y la violencia; que arroje la máscara con que cubre su hipocresía; que rompa con sus falsos aliados, los cristianos, y arroje de su seno á los que están vendidos, es decir, á las tres cuartas partes de sus miembros.»

Ya veis, señores, que los insultos que hoy nos dirigen, no son nuevos y que la insolencia en el expresarse ha sido siempre el carácter distintivo de los esclavistas. (Aplausos).

A medida que la redención del esclavo se aproximaba, la crueldad de los plantadores de la Jamaica subía de punto. Allí se dió el caso hasta de quemar á los esclavos á fuego lento por la más pequeña falta; hasta de matarlos grado á grado: allí se llegó hasta á dar 500 latigazos en un solo día á un hombre, y cuando se promulgó la Ley, y tuvieron conocimiento los plantadores de que en un plazo corto se iba á abolir la esclavitud, dijeron que la ley en vez de salvarlos, les iba á quitar por mano del verdugo, y que en último caso, tenía la Colonia 18.000 bayonetas para rechazar esta injusta agresión de la madre patria. ¡Así es como los esclavistas preparan á los negros para que un día gocen de su libertad!

Pero me direis: esos eran plantadores de Jamaica, y en España no existen esos hombres, no pueden existir. Señores, si hay en la tierra un ser que no varíe, si hay un ser que sea el mismo en todos los tiempos, inmutable en el mal, como Dios lo es en el bien, es, sin género alguno de duda, el poseedor de esclavos. (Aplausos).

Inglaterra, nación abolicionista por excelencia, estaba creando en el mundo una atmósfera en favor de la abolición de la trata que tenía derecho á pedir porque le había costado su dinero; porque España, nuestra hermana España, había recibido de ella 40 millones para abolirla, los cuales consumió en sus usos particulares nuestro rey Fernando VII, por más que se dice que se aplicaron á impedir la introducción de negros bozales en América; y en efecto, desde 1817 hasta 1847, entraron en la isla de Cuba 250.000 negros más arrancados violentamente de las costas africanas. Ese es el modo que tienen los poseedores de esclavos de ir preparando la abolición de la esclavitud.

La Convención francesa decretó la libertad de los esclavos el 4 de Febrero de 1794, arrastrada por la justicia de la causa y por aquellas nobles palabras del diputado Lacroix: «Presidente no permitais que la Convención se deshonre discutiendo la esclavitud.»

En España, el ilustre Argüelles, en las Cortes de 1811, presentó una proposición para que quedara suprimida la infame trata. Alcocer pidió la abolición de la esclavitud, y este fué el tercero, cuarto ó quinto aviso que ya habían recibido los esclavistas.

«La trata, dicen los periódicos negreros, es una cosa que pertenece á la historia. Desde que España se comprometió á abolirla, no ha vuelto á entrar un negro bozal en las islas de Cuba y Puerto-Rico.»

Oid, oid: en 1865 un buque negrero salió de las costas de Africa con direccion á América. No quiero detenerme á describiros los horrores de la trata, porque no nos ocupamos ahora de ella; pero vosotros sabéis cómo conducian á aquellos infelices negros, apiñados, atados en miserables y nauseabundas bodegas, y cómo cuando alguno se ponía enfermo ó se inutilizaba para el mercado, lo arrojaban al agua sin compasion. ¿Para qué sirve, en efecto, un pobre negro por el que se ha de recibir una cantidad que no compense los gastos de su manutencion? ¿Qué interés hay en conservar su vida? Pues bien, en 1865, uno de esos buques negreros perseguido por un crucero que le iba al alcance y queria descubrir lo que llevaba en su seno, se aproximó á una isla formada de rocas y en ella dejó su carga compuesta de 83 personas, las únicas que habian podido soportar el mal trato y los dolores de la navegacion.

Aquellos infelices, sin abrigo, sin víveres, sin más agua que el agua salada del mar, bajo un cielo que habla de amores al alma; á la vista de bellísimas costas pobladas de árboles, cuando todo les convidaba á tomar parte en el festin de la vida, murieron desesperados y maldiciendo la barbarie de los hombres blancos que tan sin piedad los habian privado de los dulces encantos de su inocente y sencilla existencia. ¡Así se prepara en Cuba la abolicion de la esclavitud! (*Aplausos*).

Viene la guerra de los Estados-Unidos, la sangrienta guerra de los Estados-Unidos sostenida por la constancia de un Abraham Lincoln; aquella guerra tan cruel que se hizo para acabar con la esclavitud, y que costó á la América 500.000 de sus hijos; y las islas de Cuba y Puerto-Rico que tantas relaciones sostienen con esa nacion, ni aprendieron nada, ni nada hicieron para conjurar el golpe que las amenazaba. La abolicion fué una verdad en los Estados-Unidos: octavo ó noveno aviso que recibieron los esclavistas.

¿Sabéis, señores, cómo se preparaban en Puerto-Rico para acabar con esa institucion nefanda? En 1866, en el juzgado de San German, se presentó á declarar un pobre esclavo y á decir que sin quererlo habia dado muerte á uno de sus compañeros, á un esclavo llamado Federico. Todo el crimen de la victima se reducía á haberse fugado del ingenio. ¡Es tan natural que el hombre busque su libertad! Y solamente porque habia huido, su dueño ordenó que le dieran mas de 200 azotes y cuando ya su cuerpo estaba mutilado y sangriento, el amo despiadado tuvo aún la crueldad de atarle á una yunta de bueyes y arrastrarle por el campo para que las espigas penetrasen en sus heridas. (*Sensacion*). Aquel desgraciado murió á consecuencia de tan atroz suplicio. ¡Así es como los esclavistas preparan al negro para cuando llegue el día de la abolicion de la esclavitud!

Antes de que estallara la revolucion de Setiembre en 1865, se constituyó en Madrid la Sociedad Abolicionista, protectora y amiga de los esclavos, y que tanto ha hecho por su causa; la Sociedad Abolicionista que ha creado una opinion, y ha llevado su convencimiento á todas partes, porque las ideas generosas hacen numerosos prosélitos, y porque es tan difícil detener su rápida marcha como detener el viento en la frontera, ó hacer que los pájaros se sujeten al impuesto de consumos. Sus ideas han circulado y circulan por toda la Península, han formado una verdadera atmósfera que hoy nos envuelve á todos, y los americanos ó los habitantes de la América española que lo sabian, no se han preparado, ni han hecho nada absolutamente para que los negros sean dignos de la libertad.

Vino la revolucion de Setiembre, y las juntas de provincias, como la de Madrid, escribieron en sus banderas: «abolicion de la esclavitud.» Bien podian creer esas provincias ultramarinas que si la revolucion iba bien encauzada, habia de llegar el día en que se diera el decreto para que el esclavo fuera libre.

Se ha dado la ley Moret que ha merecido los elogios de los esclavistas (y este es el cargo más grave que á esa ley puede hacerse) la ley Moret; que ellos aceptan, porque dicen que bajo ella los esclavos se pueden educar para que gocen un día sin inconvenientes y sin peligros de la libertad. ¿Sabéis cómo preparan los dueños á sus esclavos? Escuchad lo que escriben de Puerto-Rico: «en 20 de Setiembre de 1872 se recibió por la ruta al negro Domingo, de la dotacion de la hacienda, pro-

piedad de... no diré su nombre, solo diré que el dueño habiendo sido Diputado de la nacion española ha podido examinar el estado de los ánimos en la Península, y que lleva además un título nobiliario (*Aplausos*), «al entregarle al mayordomo» (*leyó*). Esto sucede dos años y medio despues de promulgada la ley preparatoria de 1870, de la cual no quieren salirse los esclavistas, porque están seguros de eludir sus efectos cuando y como lo tengan por conveniente. Y por última vez repito, que ese es el modo que tienen en América de preparar á los negros para que un día sean dignos de la libertad. Lo que quieren los poseedores de esclavos es tener algunos años más delante de sí, no para prepararlos, sino para durante ese tiempo estrujarlos á su sabor.

Antes de ayer he tenido conocimiento, señores, de un dato horrible que pone de manifiesto todo lo infame que es la esclavitud. Consta en el ministerio de Ultramar, en documentos oficiales, que en la isla de Puerto-Rico, donde hay 34.042 esclavos no existen más que 365 casados y 74 viudos; los demás permanecen célibes. ¡Qué felicidad para los poseedores de esclavos! Así pueden vender por separado y sin inconveniente al marido de la mujer, al padre del hijo, y burlar la ley Moret que lo prohíbe.

¡Ahí teneis la esclavitud en toda su deformidad! ¡Los esclavos no conocen la vida de familia! La familia, que es el cimiento vivo de toda sociedad; que es el altar donde se presenta la ofrenda diaria de dos corazones que se han jurado simpatía y amor eterno; que es, permitidme la frase, el rincón del Eden donde nos refugiamos despues de los desasosiegos y afanes de la vida; la familia, cuyos goces, por más que algunos pretendan lo contrario, no son una vana ilusion, semejante á los espejismos del desierto, sino una realidad más espléndida que las auroras boreales del polo; la familia, sin la cual el mundo romano espiraba; la familia, santificada por el cristianismo, exaltada por aquellos mismos germanos que comian carne de caballo y se complacian en las destrucciones de los campos de batalla, más y más glorificada en la Edad Media por medio de aquel culto poético y grave que toda esta edad consagró á la mujer, purificada más aún por la Reforma, y ennoblecida por medio de todas las manifestaciones del espíritu moderno; la familia, ese oasis de la vida, ese consuelo en medio de las alicciones se le niega al esclavo, y por eso aquella sociedad carece de verdadero fundamento y de vida verdadera; porque donde hay gentes que hacen del hombre un pária del cuerpo y del alma, un ílota todavía más del alma que del cuerpo, no puede haber progreso, ni civilizacion, ni moralidad, ni medios para la abolicion, porque faltan instituciones que la preparen y sentimientos que la sostengan. (*Grandes aplausos*).

Y sin embargo, señores, si leéis el manifiesto de la Liga, vereis que sus firmantes se llaman abolicionistas, verdaderos abolicionistas. ¡Claro está! La esclavitud es una cosa tan odiosa, que nadie quiere defenderla, todo el mundo la anatematiza. La reprueba la religion en nombre de Dios; los filósofos en nombre de la razon; los hombres de conciencia en nombre de la moral; los juristas en nombre del derecho; los estadistas en nombre de la economía, y los poetas la cantan para hacerla odiosa y las mujeres la lloran para hacerla imposible. La abolicion es de justicia, todos convienen en ello; pero cuando se trata de llevarla á cabo, los negreros dicen, parodiando los versos del autor del *Tanto por ciento*, y tambien del manifiesto de la Liga:

«Una cosa es la justicia,
y el negocio es otra cosa.» (*Muchos aplausos*.)

Y con todo, señores, poco falta, para que ellos se presenten delante del mundo como los verdaderos abolicionistas, y nosotros, miembros de esta Sociedad como los enemigos del esclavo. Ellos que maltratan al negro; ellos, que hacen de él una presa viva, que le llevan al ingenio donde destrazan su cuerpo y degradan su alma; ellos son los verdaderos libertadores del esclavo, y nosotros somos sus enemigos; la compasion les inspira á ellos y á nosotros nos impulsan las más bastardas pasiones. ¡Ah! vosotros los verdaderos abolicionistas, los que fuisteis abolicionistas de corazón; tú, apóstol Pablo, que mandaste á Philemon su siervo Onésimo, con aquella carta de recomendacion en la que decias al primero:

«ahí te envío, no á un esclavo, sino á un hermano amado:» tú, gran Ambrosio de Milans, que apostrofaste á los que se oponían á la venta de los vasos sagrados para con su producto redimir esclavos con estas elocuentes palabras: «¡no quereis que se vendan los vasos del templo y consentis en que se vendan los vasos vivos del Señor!» tú, ilustre Gregorio el Grande, que comprabas á los esclavos ingleses para darles libertad, y luego los enviabas ennoblecidos con tan preciado don para que fueran entre sus rudos compatriotas mensajeros de la buena nueva de la redencion; tú, compasivo Bartolomé de las Casas, que supiste oponerte á la barbarie de la soldadesca sin freno que te rodeaba y abogaste por el infeliz indio que exterminaban ante tu vista; tú, recto Alborno, que tuviste bastante atrevimiento para dirigirte á un rey déspota y decirle que la trata era una infamia, en aquella notable defensa que terminaste con estas palabras más notables todavía: «la causa es de Dios; El la defienda;» tú, grave y piadoso Wilberforce, que consagraste 20 años de tu existencia en medio de los mayores sinsabores, á mejorar la suerte del negro y no te diste punto de reposo hasta que conseguiste arrancar el decreto de abolicion de la trata; tú, enérgico Buxton, que trabajaste por espacio de diez años hasta que viste á tu patria limpia de la afrentosa mancha de la esclavitud; tú, ilustre Argüelles, que presentaste aquella proposicion para que desapareciera de España el infame comercio del hombre; tú, honrado Abraham Lincoln, que te fuiste elevando en tu santa mision hasta tocar en los límites de lo sublime, que siempre llevaste sobre tu corazón el peso de los pecados de tu pueblo y que de siervo de la justicia te convertiste en su mártir, cuando la muerte ciñó con su brillante aureola tu austera frente, venid aquí, venid todos y decid á estos abolicionistas de la Liga...; pero ven tú, tú que fuiste más grande que todos ellos, Cristo divino, tú que diste tu vida para redimirnos de la esclavitud, ven y dí á estos modernos fariseos, blancos y aseados por fuera como los sepuleros, y llenos de podredumbre por dentro (*Frenéticos aplausos*): ven y díles que no son abolicionistas, que no saben lo que es serlo; que no se es abolicionista con los labios sino con el corazón, y que los que aman al esclavo son los que consagran su tiempo, su fortuna y su vida, si necesario fuera, para reconocer y proclamar la dignidad de una raza que tú redimiste, Verbo eterno de Dios, con tu pura sangre. (*Grandes aplausos*).

Esos son los verdaderos abolicionistas, los demás son falsos y no quieren otra cosa más que gozarse en la miseria y en el infortunio del esclavo. (*Bravos y aplausos*).

Voy á terminar, señores, dirigiendo dos palabras á la Sociedad Abolicionista.

Hace un siglo justo que Guillermo Wilberforce levantó su voz en Inglaterra para que la trata fuera abolida, y despues de veinte años de trabajos consecutivos, aún vivió lo bastante para leer el decreto que abolia la esclavitud en territorio inglés: los intereses se inclinaron delante de los principios; la justicia triunfó en la lucha que contra el mal sostenia. Vosotros habeis trabajado sólo siete años y ya empezais á recojer con gritos de júbilo lo que con lágrimas sembrasteis. ¡Loado sea el Señor que nos concede este motivo de alegría! Pero aún falta mucho camino que recorrer; aún no ha llegado el tiempo de los grandes combates, por más que se aproxime á pasos agigantados. La batalla, todo lo hace preveer, será ruda y encarnizada; pero cuanto más reñida sea, tanto más gloriosa será la victoria. A la obra, pues, en nombre de Dios, sin trégua ni descanso, hasta que llegue el día en que sólo existan ciudadanos honrados y libres en la honrada y libre nacion española. He dicho. (*Bravos repetidos y prolongados aplausos*).

LA PÉRDIDA DEL NORTHFLEET.

Pocos días hace que los periódicos hablaban de la pérdida del *Northfleet*, buque inglés salido de Londres para la Australia, á donde conducía 442 personas, la mayor parte de ellas trabajadoras que iban á ganar su vida en la construccion de ferro-carriles.

Hallábase la embarcacion detenida por el mal tiem-

po en las aguas del Canal de la Mancha, cuando á cosa de las diez y media de la noche, un vapor que se sospecha sea español, sin reparar en los faroles encendidos del *Northfleet*, lo abordó con tanto impetu, que inmediatamente se abrió por medio y empezó á sumergirse.

La escena que siguió al choque fué horrorosa. El buque agresor se perdió en las sombras de la noche sin cuidarse de los gritos en demanda de auxilio que lanzaban los infelices pasajeros, y estos, al verse tan de improviso arrojados en los abismos de la eternidad, dieron comienzo á una serie de actos y de exclamaciones á cual más desgarradores. Allí corrían los padres en busca de sus hijos para tener el consuelo de morir siquiera juntos con ellos; los maridos daban el último abrazo á sus esposas que el capitán del buque arrancaba de sus brazos para hacerlas entrar en algunas lanchas que se arrojaron al agua; otros se esforzaban en murmurar una plegaria, otros perdieron el sentido, todos invocaban el nombre del Señor.

De la tripulación y pasajeros perecieron unas 280 personas.

No terminaremos el relato de la catástrofe sin consagrar un recuerdo al capitán del buque. Llamábase Mr. Knowles, era joven, y llevaba consigo á su mujer, con quien se había casado apenas hacia mes y medio. Cuando ocurrió el desastre dictó con la mayor calma las órdenes necesarias para salvar, en lo posible, á los pasajeros, á las mujeres en particular. Revolver en mano y aun disparendo contuvo á los hombres que indiferentes á todo, solo pensaban en salvarse á sí mismos dejando completamente abandonadas á las infelices mujeres.

Por fin consiguió el capitán ver á algunas de estas, entre ellas á su joven esposa dentro de las lanchas, y entonces, inspirándose únicamente en su deber, sin temor á la muerte que le esperaba, permaneció tranquilo en su buque hasta que con él quedó sepultado bajo las olas.

¡Magnífico rasgo de abnegación el del capitán Knowles! Pudiendo ocupar el primer puesto en las lanchas y salvarse así de una muerte cierta, prefirió hacerse siervo de los siervos y dar su vida por salvar á uno más de sus semejantes.

¡Con cuánta confianza navegáramos en buques mandados por hombres que se asemejaban al capitán Knowles!

Y sin embargo, no nos arrojamamos confiadamente en brazos de Cristo que dió su vida por los más viles pecadores cuando hubiera podido volver á la gloria que abandonó por salvarnos; no nos arrojamamos en brazos de Cristo que nos invita para que juntos con él, por él guiados y en él confiados atravesemos el vastísimo océano de la eternidad en donde tarde ó temprano, que lo queramos ó no, vendrá á lanzarnos la muerte implacable.

Aún es tiempo; Jesús nos llama.

LA ESENCIA DE LA VIDA.

¿Es el alma de la vida,
Las primicias del amor?...

—No.

¿Se embellece la existencia
Con el oro tentador?...

—No.

¿La reanima á la criatura
Un talento innovador?...

—No.

¿Pues qué es lo que al hombre impele
A ir de su destino en pos?...

—La esperanza bendecida

Que es emanación de Dios.

Ese es el árbol gigante
Que dá sombra á nuestra vida,
En la cuna se levanta
Y en el sepulcro se inclina.
Es el astro misterioso
Cuya eterna claridad,
Disipa las densas nieblas
Que envuelven la eternidad.

VIOLETA.

MATILDE, JUANITA Y EL TUESTO DE FLORES.

Matilde y Juanita eran dos niñas que se querían mucho. Ambas habían crecido como dos rosas en un tallo, siempre juntas para salir, para jugar y para estudiar. En el jardín del papá de Matilde tenían las dos niñas un pedacito de terreno cada una, y allí sembraban ellas sus flores y se distraían regándolas y también deshojándolas por puro capricho.

Pues es el caso que Matilde tenía un tiesto muy bonito donde habían crecido hermosas flores, y ella le quería como á la niña de sus ojos. Quien quisiera ser su amigo, que no tocara á su tiesto de predilección.

Una mañana, mientras que Matilde regaba unas semillas que había plantado, Juanita llegó sin hacer ruido, cortó una flor del bonito tiesto y la prendió de sus negros cabellos. Volverse Matilde, ver la flor en la cabeza de su amiguita y empezar á llorar, fué cuestión de un momento. No hubo quien la consolara, ni quien calmara su rencor, porque desde aquella hora lo tuvo y grande contra la pobre Juanita. ¡Adios la amistad, y los paseos, y los juegos!

Pasó algún tiempo y Juanita cayó enferma de mucha gravedad. Entonces pesó mucho á su amiga haberse enfadado tan de veras con ella, y para borrar un tanto su mala acción, una mañana cojió su tiesto y resueltamente se presentó delante de Juana.

«Juanita,» le dijo con voz triste, «he sido muy mala para tí y te he hecho llorar mucho por una sola flor que cojiste; pero estoy arrepentida y quiero que me perdones. Mira, te regalo el tiesto.» ¿Quieres ser otra vez mi amiga?

Juanita la perdonó. Matilde puso el tiesto sobre un veladorcito que estaba á los pies de la cama, y aquella misma tarde, cuando el último rayo de sol que penetraba por la ventana entreabierta bañaba con su última luz las blancas flores, Matilde sentada á la cabecera del lecho de su amiga, se sintió más feliz que nunca.

Cuando tengais la desgracia de cometer una mala acción, procurad deshacerla cuanto antes, si queréis ser felices como la pequeña Matilde.

LA SALVACION NO SE COMPRA.

Un hombre llamado Miguel, que gozaba desde mucho tiempo hacia de una grande reputación de piedad, se veía acosado siempre por las angustias de su alma y por el terror del juicio de Dios. Recurría á toda clase de medios para calmar la turbación de su conciencia á peregrinaciones y confesiones generales. Todos los años daba á los pobres dos toneles de vino, dos grandes medidas de trigo y la mitad del cerdo que mataba. Mandaba hacer á sus expensas funciones de iglesia, sermones de cuaresma, adoptaba niños abandonados y los educaba con todos los cuidados de un padre. Todas estas obras tenían por objeto obtener su salvación cerca de Dios y hacer que la paz naciera en su corazón.

Un día, sus ganados fuéronle robados por los ladrones, sus campos de trigo fueron destruidos por el hielo, y se encontró sin alimento para él y para sus hijos adoptivos. Sorprendido al ver esto, Miguel exclamó: ¡Cómo! yo doy á Dios, en la persona del pobre, el diezmo de todo lo que él me dá, y hé aquí que todo me lo quita: al domingo siguiente, fué á casa de Boos, y le contó lo que le había sucedido: Dios, le dijo, ó no ha tenido nunca mis buenas obras por agradables, ó mis obras no son buenas. Yo soy como Cain, cuyo sacrificio no agradó á Jehová.

Boos.—¿Pues cómo?

Miguel.—Sí; acabo de perder, sea por los ladrones, sea por la enfermedad, sea por el hielo, todo lo que yo tenía costumbre de dar á los pobres; no puedo hacer más limosnas, y apenas tengo de qué sostenerme.

Boos al principio se echó á reír; mas viendo que el desgraciado Miguel no tenía bastantes luces, le dijo: Vé, Miguel, las obras que tú has hecho hasta aquí, eran sin duda buenas y dignas de alabanza en sí mismas; pero si tú las has hecho con la intención de adquirirte la justicia que permanece delante de Dios, y para obtener el cielo, donde no se puede ser admitido por otra cosa que por pura gracia, por la fé en Jesucristo, no debes, pues, sorprenderte de verte privado de los objetos en los cuales tú habías puesto la esperanza de tu salvación.

A estas palabras, Miguel, admirado, exclamó:

—¿Conque no es por las buenas obras por las que podemos ganar el cielo?

Boos.—No, no, sin duda; el perdón de los pecados, la salvación, la vida eterna, no se obtienen más que por pura gracia; Jesús es quien los ha merecido por su obediencia hasta su muerte de cruz. El que cree en Él tiene la vida eterna; mas aquel que no cree, está condenado, aunque diera como tú, cada año á los pobres un puerco, un tonel de vino, y dos grandes medidas de trigo. ¿Piensas, Miguel, que se podrían comprar tan grandes bienes, la remisión de los pecados, el cielo y la vida eterna, por un puerco, un tonel de vino y dos grandes medidas de trigo? De esa manera, los ricos solos entrarían en el cielo, y los pobres quedarían á la puerta.

Miguel.—¿Las buenas obras no valen, pues, nada?

Boos.—Tienen su utilidad, cuando son hechas con fé y en la gracia de Dios; pero nunca nos pueden merecer nuestra justificación; la justificación no se obtiene por otra cosa que por la fé en Jesús, á fin de que el honor no pertenezca más que á Dios y á su Cristo. Si Abraham ó Miguel fuesen justificados por las obras, el honor seria de Abraham ó Miguel y no de Dios; mas no puede ser así; porque si Abraham ha sido justificado por las obras, tiene sujeto de glorificarse, pero no delante de Dios. (Rom. 6. 2).

Miguel, cada vez más admirado, no comprendía ninguna de estas palabras; eran para él cosas ocultas y aun supuestas.

Boos tomó entonces el Nuevo Testamento. ¿Crees tú, le dijo él, que este libro sea la palabra de Dios, y por consiguiente la verdad?

Miguel.—Sí, lo creo.

Boos.—Escucha lo que dicen Jesús y sus apóstoles.

El leyó los textos siguientes: «De tal manera amó Dios al mundo que ha dado su Hijo único, para que cualquiera que crea en él, no perezca, más tenga vida eterna. (Juan, 3, 16). Esta es la voluntad de Aquel que me ha enviado que cualquiera que contempla el Hijo y cree en él, tenga la vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. (Juan, 6, 40). Por lo que nadie se justificará delante de él por las obras de la ley, porque es la ley quien dá el conocimiento del pecado. Mas ahora, la justicia de Dios ha sido manifestada sin la ley, la ley y los profetas, dándola testimonio, la justicia, digo, de Dios, que es por la fé en Jesucristo, en todos aquellos que creen, porque no hay distinción, porque todos han pecado, y son privados de la gloria de Dios. Y ellos son justificados gratuitamente por su gracia; por la redención que está en Jesucristo, que Dios había destinado para ser una víctima propiciatoria por la fé en su sangre, á fin de hacer aparecer su justicia para el perdón de los pecados cometidos ántes, mientras el tiempo de la paciencia de Dios; á fin, digo, de hacer aparecer su justicia en el tiempo presente, de manera que se reconozca que él es justo, y que él justifica á aquel que tiene la fé en Jesús. ¿Dónde está, pues, el sujeto de de glorificarse? Está excluido. ¿Por qué ley? ¿Es por la ley de las obras? No, mas es por la ley de la fé. Nosotros concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fé sin las obras de la ley. (Romanos, 1, 20, 27). Habiendo conocido que no es por las obras de la ley, más por la fé en Jesucristo, que el hombre es justificado, nosotros hemos creído en Jesucristo, á fin de ser justificados por la fé en Jesucristo y no por las obras de la ley, porque nadie será justificado por las obras de la ley, (Gálatas, 3, 16). Mas todo eso no calmaba su angustia. El se paró, en fin, sobre estas palabras: (Rom. 3, 18). Así como es por un solo pecado que la condenación es debida

sobre todos los hombres, lo mismo es por una sola justicia que todos los hombres recibirán la justificación que da la vida.»

A esta palabra sus ojos se abrieron....

—¡Ah! comprendo,—dijo él,—sí, comprendo! Nosotros heredamos de Jesús la justicia que permanece delante de Dios, lo mismo que nosotros hemos heredado de Adán el pecado y la injusticia.

Boos.—Sí, es eso.

Miguel.—Ahora comprendo.

Boos.—¿Crees tú que las cosas sean así?

Miguel.—Sí lo creo.

Boos.—¿Estás satisfecho, contento de que tú no puedes ni debes comprar la vida eterna, por un puerco, dos grandes medidas de trigo y un tonel de vino?

Miguel.—Sí, ciertamente, me alegro mucho. ¿Por qué no habré venido antes hacia Vd.? Ahora estoy consolado; mi angustia ha dado lugar a la paz. Mi corazón es feliz, que el Señor sea bendito.

Boos.—Pero, Miguel, á fin de que tú no pienses que porque yo atribuya la justificación á la fe yo deshecho las buenas obras, escúchame todavía. Entrégate á todas las virtudes cristianas.

Tú eres salvo por gracia; pero tu Padre celestial desea que tú cumplas ahora toda su voluntad. Házlo por agradecimiento. La fe que no va acompañada de las obras, es muerta.

Desde este momento Miguel conoció la paz de Jesús.

Al domingo siguiente á la salida del servicio divino, volvió muy alegre junto á su fiel amigo, le pidió el libro donde se encontraban tan bellas cosas sobre la fe. (El quería decir, «El Nuevo Testamento»).

Boos le dió uno. Miguel hizo de él su lectura favorita y perseveró en la fe del Señor.

Á LOS NIÑOS.

La niña Teresa
De muy pocos años,
A Dios ofrecía
Completo sus actos.
Llegaba la hora
Del juego y del canto,
Teresa jugaba
En su Dios pensando;
Llegaba el momento
De dar un repaso
Al trozo del libro
Que estaba estudiando.
De hinojos caía
Con júbilo santo,
Y á Cristo imploraba
Su auxilio y su amparo;
Y Cristo que oía
Su ruego tan cándido,
Le daba á Teresa
Talento más claro,
Amor al estudio,
Amor al trabajo;
Y luego la niña
Como un papagayo;
Sin un punto daba
El trozo más largo.

Enseña este ejemplo
Al niño cristiano,
Que debe ofrecerse
A Dios cuanto hagamos.
Si juego, los juegos;
Si canto, los cantos;
El dulce reposo
Y el duro trabajo.

MISIONES.

ITALIA. Este país continúa siendo escena de la actividad de muchos cristianos celosos. Los americanos y los europeos hallan allí campo anchuroso para sus es-

fuerzos unidos; en todas partes se les da la bienvenida.

Allí no faltan periódicos religiosos que sostienen con ardor la causa de un evangelio gratuito, instando en que Italia le tenga en toda su integridad y sin mezcla alguna y llamando al pueblo á escudriñar la Biblia para que pueda probar las cosas y escoger lo bueno aun á pesar de las declamaciones de los predicadores romanos, del sarcasmo de los incrédulos y las bufonadas de los ignorantes.

Entre otros acontecimientos interesantes en Roma, se puede mencionar el hecho de que la Sociedad Bíblica de Italia, ha publicado en su propia prensa las Sagradas Escrituras; y sobre esto ha dirigido una circular á los pastores evangélicos italianos; hé aquí una de sus palabras más notables.

«Esta publicación hecha á las orillas del Tiber á la puerta misma del Vaticano y de la nefanda inquisición, merece la atención y la simpatía de todo cristiano evangélico.» El Papa por otro lado no calla. El día 23 de Diciembre dirigió la palabra á sus cardenales, se quejó amargamente de los ataques que á la Iglesia hacen Italia y Alemania. En su alocución censuró á la primera, por lo que él llama continuos insultos á la Iglesia, y á la segunda por los esfuerzos que hace para destruirla hasta sus cimientos, ya con maquinaciones ocultas, ya con violencias manifiestas, y que hombres que no solamente no profesan religión alguna, sino que ni aun la comprenden, se arrojan el poder definir los derechos y dogmas de la Iglesia católica. El Pontífice terminó alabando á los obispos que rehusan someter la Iglesia al Estado, y manifestó esperanzas de que los gobiernos por fin se convenciesen que los tales obispos (aunque rebeldes) (1) eran sus súbditos más fieles.

ALEMANIA. Continúa la resistencia de esta al influjo papal tan opuesto al nuevo imperio. El príncipe Bismarck ha renunciado el puesto de jefe del ministerio de Prusia, pero guarda el de ministro de los asuntos exteriores (Estado), mientras el conde de Roon, ha sido nombrado jefe nominal del gabinete. A este le reconocen todos por protestante decidido y se entiende que como los demás ministros es solidario de la política del príncipe Bismarck. Las medidas que toman para proteger al Estado contra la Iglesia, aunque dirigidas solo contra Roma, sin embargo causan, según se dice, alguna inquietud entre los protestantes y entre los amigos de la libertad civil y religiosa en general, porque envuelven principios religiosos. Una nueva ley en que se prohíbe el ser miembros de sociedades, ha motivado largas discusiones. Se ha prohibido publicar la alocución del Papa y el resultado ha sido la confiscación de muchos papeles, lo que ha sido causa de bastante inquietud en el imperio, y esta su conducta ha sido puesta en paralelo con la de Italia en donde se le permitió circular.

En una carta que se ha publicado en Inglaterra se refiere que se han presentado al Parlamento alemán dos proyectos de ley referentes el primero á la educación de los clérigos y el segundo á las penas eclesiásticas que pueden imponer los obispos. Aquel está redactado en un sentido muy liberal y para los romanos muy avanzado pero no viene demasiado temprano. Hasta ahora los aspirantes al sacerdocio romano en Alemania, como en todas otras partes, han sido guardados con sumo celo de la contaminación de las ideas avanzadas del siglo XIX, han vivido enteramente secuestrados de todo contacto con las inteligencias ilustradas de sus compatriotas. Ahora si la proyectada ley llega á ser promulgada, los jóvenes que se están preparando para el sacerdocio, aun cuando se les permitirá seguir viviendo en los institutos y establecimientos católicos, tendrán que sufrir exámen de los autores clásicos, de literatura, filosofía, historia y física. Ningun cambio mayor puede concebirse en la historia de los sacerdotes romanos; no cabe duda que el contacto saludable con sus compatriotas contribuiría muchísimo á hacerles más capaces para ser los guías espirituales de un gran pueblo ilustrado como lo es Alemania. La segunda ley para el arreglo de las penas eclesiásticas, es una medida de suma importancia. Es de esperar que tanto esta como la anterior llegarán á ser leyes vigentes. Lo limitado de

(1) Nota del traductor.

nuestro espacio no nos permite entrar detenidamente en su contenido.

FRANCIA. Otra vez ocupa nuestra atención el estado inseguro en que se encuentra la República vecina. Aun el mismo presidente se atreve á decir que solo puede esperar de Dios una solución de las dificultades. Ahora está el país puesto en un resbaladero de que solo Dios puede salvarle.

En medio de la oscuridad y de la inquietud, la bondad del Altísimo permite descubrir algunos rayos de consoladora luz. Su mano se deja ver en la obra de la misión interior. Por ejemplo, en uno de los pueblecitos del *Hante Lorio*, la esposa de un pastor formó un pequeño círculo de mujeres piadosas. Oraban juntas y buscaban cómo complacerían al Salvador en su obra. El estudio de la Biblia, la escuela dominical y la visita de los enfermos han sido los medios sencillísimos para conseguir un resultado glorioso. La Iglesia está llena, el pastor siente una corriente de simpatía entre él y sus parroquianos, y de continuo se registran nuevas conversiones. Una evidencia del interés de la obra se halla en el hecho de que unas jóvenes encajeras dedican cada sábado dos horas más al trabajo para poder ayudar esta obra santa de la misión interior. En otra aldea, á una joven cuya devoción hace recordar la de las primitivas cristianas, le ha cabido la honra de traer al Señor una ó dos personas de cada familia de su aldea. En otra durante la semana de oración general, la gracia de Dios se manifestó en la conversión de más de 20 personas, algunas de las cuales eran notables por su oposición al Evangelio y aun por impedir con violencia que los demás llegasen á conocerle; ahora se dice que el estado de la aldea está enteramente cambiado, notándose un espíritu de amor y de reconciliación hasta ahora desconocido.

Si espacio nos quedase sería de sumo interés referir la historia de lo que Dios está haciendo en muchas partes de la tierra. Nos limitemos á mencionar que en Bohemia, país de los nobles Juan Huss y Gerónimo de Praga, y en la misma Praga se ha emprendido un gran esfuerzo para la revivificación de la Iglesia protestante de este país, y es de suponer que vendrá Bohemia á ser lucero para todas partes de la gran raza eslava.

En un periódico inglés encontramos la historia de la obra evangélica últimamente realizada en Méjico, y esperamos poder presentarla entera á nuestros lectores. En el mismo periódico se dan detalles de mucho interés de la marcha que tiene el Evangelio en Turquía, Pérsia, India y Japon. Pero ya hemos ocupado demasiado espacio y tenemos que reservarlo hasta otro número.

CARTA DE UN EVANGELISTA.

BENISA (Alicante) ENERO 25 DE 1873.

Señor Director de LA LUZ.

Mi querido amigo: ¿No ha visto Vd. ninguna vez á un criminal corriendo detrás de un guardia civil, tirándole de los faldones de la casaca y suplicándole en nombre de la Ley que le lleve á la cárcel para que la justicia le aplique la pena que merecen sus fechorías?

I.

—¡Señor guardia! ¡eh! ¡señor guardia!

El guardia sigue su camino sin responder ni volver la cabeza.

—¡Señor guardia!... ¡Que yo soy Fulano!

Al oír el nombre de Fulano, el guardia se para, le mira de soslayo, acaricia la empuñadura del sable, se encoje de hombros y murmura entre dientes:

—¡Habrás canalla! ¿Qué me importa á mí que se llame Fulano ó Mengano?

—¡Pero, señor guardia, oígame Vd. por San Roque! La misma indiferencia.

—¡Mire Vd., que soy un ladrón!

El guardia aprieta el paso.

—¡Que soy un asesino!

El guardia vuelve á encojarse de hombros, como diciendo:

—¿Y á mí qué?

—¡Mire Vd., que se me acusa de haber cometido un robo en A..., de haber descuartizado á un hombre en B..., de haberme comido seis niños en C!...

El guardia saca de la faltriquera un poco de algodón, se tapa herméticamente los oídos y sigue apretando el paso.

—¡Señor guardia de mis entrañas, bágame Vd. el favor de echarme el guante! ¡Mire Vd., que mi honra está empañada!

Ni por esas.

El criminal Fulano, le toma la delantera, se arrodi-lla delante de él, junta las manos y prosigue con la voz entrecortada por los sollozos:

—¡No tenga Vd. entrañas de tigre, señor guardia! ¡Yo soy un hombre honrado y se me acusa de crímenes! Lléveme Vd. delante de la justicia para que me quite este borron de infamia declarándome inocente ó aplicándome el fallo de la Ley! ¡Tenga Vd. compasión de mí!

Para desembarazarse de semejante importuno, el guardia tira el fusil y el tricordio y echa á correr con la velocidad de un conejo acosado por cinco galgos.

II.

¿No es verdad, amigo director, que la anterior escena es altamente cómica á fuerza de ser inverosímil? ¿No es verdad que Vd., no la ha visto nunca, ni espera verla por muchos años que viva?

Pues bien, yo soy más feliz que Vd. Esa escena se está representando en este hermoso país, en esta población feudal y teocrática, como si dijéramos, en esta población de hombres fuertes mantenedores del orden. ¿No?

Figúrese Vd. que en 1867, viene á esta población el joven F..., procedente de Gibraltar, y el cura, semejante al trueno que precede á la tempestad, sube al púlpito y habla de esta manera:

«Padres y madres de familia que estimáis en algo vuestro decoro y vuestra dignidad, oid: acaba de llegar, procedente del extranjero, un joven, hijo de este pueblo, quien enseña doctrinas perniciosas; si queréis que vuestros hijos no sean asesinos ni ladrones, apartadlos de su compañía.»

Este aviso, nada menos que del cura del pueblo, pone en guardia á los caciques; ellos con los sacerdotes celebran conciliábulos, se reúnen en sesión magna y un alguacil es el encargado de avisar al joven F..., que el tiempo pasa y los prohombres del pueblo aguardan impacientes.

El joven F..., obedece, se presenta á la sesión, les saluda afectuosamente y se le contesta con una lluvia de improperios. Le toman declaración en medio de mil amenazas, no hay pruebas en contra y le dicen:

—¡Vaya Vd. con Dios!

El joven F..., no queda satisfecho, pregunta para qué se le ha llamado y se le contesta que nada le importa, y que si no calla irá á presidio.

Figúrese Vd., que en 1874, viene otra vez á este pueblo el joven F..., publica algunas hojas sueltas, escribe algunos artículos sobre la cuestión religiosa y se le llama «trastornador del orden social y religioso, arrebatador del ramo de olivo, joven inesperto que mete en esta comarca la odiosa tea de la discordia.»

Figúrese Vd. que ahora vuelve á venir el joven F... de una ciudad de Andalucía, con la única intención de estar unos cuantos días con sus ancianos padres y se le acusa de que en su casa se celebran *complots* contra el orden.

F..., sabe el origen de la acusación, toma el sombrero, se abrocha el paletó y sale de casa.

III.

¡Ave! ¿Está el señor cura?

—No señor, ha salido.

—¿Quiere Vd. hacer el favor de mirar si está mi *complot* en su despacho?

El ama del cura que sin duda no comprende lo que es *complot*, dice:

—¿Qué señas tiene ese *complot*?

—Señora, el *complot* es un grupo de muñecas grandes, de muchos bigotes y de narices que se pierden de vista.

—Voy á ver.

—¿Está?

—No señor, no lo veo.

—¿Ha mirado Vd. bien en el armario, en la cesta de

los papeles, en el cajón del escritorio, en la salvilla de las obleas?

El ama comprende que F... se burla de ella y le contesta.

—En todas partes. Puede que ese gigante y enano á la vez, que se llama *complot*, esté en casa del señor vicario.....

IV.

—Buenos días.

—Téngalos Vd. muy buenos.

—¿Se ha levantado ya el señor vicario?

—Sí señor.

—Pues hágame Vd. el favor de anunciarle que aquí está F...

—Dice que está muy ocupado y no recibe.

—Dígale Vd. que si está ocupado en examinar algún *complot*, ese *complot* es mío.

V.

—¿Se puede pasar?

—¡Adelante!

—¿Y el señor alcalde?

—En su despacho.

—¿Querrá Vd. pasarle esta tarjeta?

—Sí señor. (El portero leyendo) F...

—¿Vd. es F...?

El mismo.—¡F...!

—¡Si señor, F..., el conspirador, el del *complot*! ¿De qué se admira Vd?

—No me admiro, es que se me olvidaba que el señor alcalde ha salido.

—Entonces, esperaré.

F... toma asiento en un banco de piedra.

—Mire Vd. que va á tardar.

—No importa, no tengo prisa.

—Mire Vd. que tal vez no venga en todo el día.

—No importa, este banco es bastante cómodo para esperar.

Al cabo de media hora, F... siente toser, se acerca á la puerta de una sala:

—¿Pregunta el señor alcalde por F...? dice al entrar.

—Dispense Vd., como me hallo tan ocupado había dado orden á mi criado.....

—¡No hay de qué! ¡no hay de qué! Yo sé lo que son *complots* y *complotistas*, pero necesito mucha paciencia, y como por otra parte no necesito más que dos minutos para darle un abrazo á mi *complot*.... ¡porque supongo que ya habrá parecido, que Vd. sabrá....

—Aquí no sabemos nada.

—Pues, señor alcalde, á mi casa ha llegado un hombre enviado de ustedes diciéndome que la justicia está enterada de los *complots* de mi casa; todo el pueblo sabe que en mi casa hay *complots*, y yo no puedo vivir más tiempo sin el castigo que merezco por mi *complot*.

—Señor F..., váyase Vd. á casa y no haga caso de chismes. Yo conozco sus precedentes y nada tengo que temer de los *complots* que en su casa se celebren.

Ya lo vé Vd., amigo director. El señor F..., el asesino y ladrón de 1867, el trastornador de 1874, y el conspirador de 1873 vá en busca de la justicia para que le aplique el ejemplar castigo que merezca, y la justicia, clemente y compasiva, no le castiga.

Yo veo en todo esto una mano oculta, la mano del neo-fariseísmo que es refinadamente peor que el antiguo. ¿Qué le parece á Vd?

Desearé, mi amigo, que inserte las precedentes líneas en su quincenal para que lleguen á conocimiento de nuestros hermanos los maquiavélicos planes de los curas de este pueblo.

Suyo de corazón

F. DE A. CABRERA.

REMITIDO.

Señor Presidente de la Iglesia Cristiana Española.

Mi querido hermano: En cumplimiento de mi deber y de la promesa que le hice en mi última carta impresa en LA LUZ, le doy en la presente una reseña estadística de la iglesia de mi cargo.

Desearia empezar con una descripción de nuestro magnífico templo que Vd. y otros amigos conocen, pero que es desconocido á la mayoría de nuestros hermanos en España. Mas como esto daría demasiada extensión á mi carta, lo reservo para otra ocasión.

El personal de nuestra Iglesia al finalizar el año anterior era el siguiente: miembros comulgantes, varones, 123, id. mujeres, 135; jóvenes de ambos sexos hijos de comulgantes, 56; individuos bajo prueba para ser admitidos como miembros, 20; total, 334. No se incluyen en este número otras muchas personas que suelen asistir á nuestros cultos por curiosidad, por afición ó por deseo de instruirse en el Evangelio.

No tiene esta Iglesia más que un predicador, que lo es su pastor el que escribe estas líneas, y este se halla auxiliado en lo espiritual y en lo temporal respectivamente por los ancianos D. Francisco Abeza, D. Francisco Ortiz y D. Juan Bustamante, y por los diáconos don Antonio Gonzalez y D. José Hidalgo, á quienes se ha agregado este mes D. Eduardo de Luis.

El Sr. Abeza ejerce además el cargo de evangelista fuera del templo.

Hay también en la iglesia un conserje.

Tenemos la costumbre de celebrar cultos los domingos por la mañana y por la noche, y los jueves por la noche, clase bíblica los martes por la noche, y ensayo de himnos los sábados en la noche. Siendo de notar que esta congregación canta ya ochenta himnos de nuestro himnario, lo cual nada tendría de particular, si no añadiera que cada himno tiene música diferente, de modo que no se cantan dos con un mismo tono, y esto sin que los individuos de la congregación sepan de música.

Celebramos también cultos el día de año nuevo, el viernes santo, el 5 de Mayo (como aniversario del día en que se aprobó en Cortes Constituyentes la libertad de cultos), y el día de Navidad. Y tenemos otras reuniones en diversas épocas del año, ya para prepararnos á la Cena del Señor, ya para oración. Nuestras reuniones más numerosas son las del culto de los domingos en la noche.

Hemos tenido en el año anterior 4 bautizos, 2 casamientos y 9 entierros.

Se ha celebrado la Cena del Señor tres veces, á saber: día 7 de Enero, día 28 de Marzo (jueves santo), y día 14 de Junio. En la primera hubo 100 comulgantes, en la segunda 126 y en la tercera 104.

Nos ha complacido oír en nuestro púlpito á los señores D. Antonio Carrasco, D. Joaquín Gimenez, don José Aguilera, D. Francisco Palomares, D. José Agustín Escudero (1), D. Antonio Sanchez Lopez y D. Francisco Cabrera; á los cuales por mi conducto envía esta congregación un voto de gracias.

Respecto á la cuestión financiera, en esta Iglesia todos los miembros contribuyen con alguna cantidad, aparte de las limosnas que se depositan en los cepillos y de las colectas extraordinarias que tienen lugar algunas veces. El estado general de los ingresos y de los gastos en el año anterior, es como sigue:

ESTADO PRIMERO.

INGRESOS DE LA CONGREGACION É INVERSION DE LOS MISMOS.

Ingresos.	Reales.
De las cuotas mensuales de hombres.....	684
De las id. id. de señoras.....	286
De los cepillos, incluidas colectas de Comunión.....	881
Limosnas particulares.....	40
Colectas para sepulturas de pobres.....	340,50
Colecta para el Consistorio.....	100
Añadido como limosna por el recaudador.....	122,50
Suma.....	2.451

(1) Este señor que estaba facultado para predicar en nuestros púlpitos, parece que últimamente ha predicado en Cádiz contra los protestantes y se ha declarado *católico viejo*. Debo decir, sin embargo, que en nuestro púlpito su predicación fué completamente evangélica.

Gastos.	Reales.
Al conserje, tres meses del año 1874....	300
Al mismo, por todo el año 1872.....	1.200
Gas, á razon de 40 rs. mensuales.....	480
Auxilios á enfermos pobres.....	185,50
Sepulturas para difuntos pobres.....	340,50
Vino para la Comunión.....	21
Al Consistorio.....	100
Un mandado.....	6
<i>Suma de lo gastado....</i>	<i>2.633</i>
<i>Suma de lo recaudado....</i>	<i>2.454</i>
<i>Déficit á cargo de la congregacion....</i>	<i>179</i>

ESTADO SEGUNDO.

INGRESOS DE OTRAS LIMOSNAS É INVERSION DE LOS MISMOS.

Ingresos.	Reales.
Limosnas confiadas al pastor para su inversion:	
Un bienhechor.....	100
Otro id.....	440
Otro id.....	20
Otro id.....	480
Otro id.....	400
Otro id.....	400
Otro id.....	40
<i>Suma.....</i>	<i>1.280</i>

Gastos.	Reales.
Alquiler del armonium, por los cinco meses últimos del año 1874.....	400
Invitaciones impresas para la inauguracion del templo.....	65
Reparacion de la fachada posterior del templo.....	80
Armario para el contador del gas.....	60
Compostura del reloj.....	30
Cristales para una ventana.....	15,50
Barnizado del púlpito y de cinco pares de puertas interiores.....	210
Suplemento para sepultura de pobres....	54,75
Auxilios á enfermos pobres.....	90
Por alquiler de sillas.....	12
Alquiler del armonium por el año 1872..	960
<i>Suma de lo gastado.....</i>	<i>2.007,25</i>
<i>Suma de lo recaudado.....</i>	<i>1.280</i>
<i>Déficit á cargo del pastor....</i>	<i>727,25</i>

RESUMEN.

	Reales.
Ingresos.	
Recaudado de la congregacion.....	2.454
Limosnas de bienhechores.....	1.280
<i>Total.....</i>	<i>3.734</i>
Gastos.	
Segun el Estado primero.....	2.633
Segun el Estado segundo.....	2.007,25
<i>Total.....</i>	<i>4.640,25</i>
A cargo de la congregacion....	179
A cargo del pastor.....	727,25
<i>Total.....</i>	<i>906,25</i>

Como se ve por los estados precedentes, esta congregacion ha contribuido durante el pasado año con 2.454 rs; y debo añadir que á esta fecha ha enjugado ya su déficit de 179 rs. que aparece en las cuentas. Poco es esto ciertamente, si se compara con la totalidad de gastos para sustento del pastor, maestros de las escuelas, alquiler de las mismas etc., etc., gastos que satisface la Sociedad de la Evangelizacion Española, cuyo Comité reside en Edimburgo, y por tanto no se comprenden en las cuentas aquí presentadas; pero no deja de manifestar que la congregacion ha comprendido su deber de contribuir con sus intereses al sostenimiento de esta iglesia, y que si hoy en su pobreza dedica con alegría un óbolo, el día que pueda contribuirá en mayor escala, é irá tomando sobre sí misma la carga que

hoy pesa todavía sobre nuestros bienhechores de otros paises.

Y no debo omitir que, aparte de lo que aparece en las cuentas anteriores, la congregacion ha contribuido con algo más. Por ejemplo: el pan para la comunión, la mayor parte del vino para la misma, pago de pequeños mandados y encargos, algunos socorros para enfermos, libros de cuentas, gastos de correspondencia, etc., han sido proporcionados por individuos de la Iglesia, sin que se haya tomado nota de ellos. El armonium lo toca tambien gratuitamente una señora de la congregacion, lo cual no es un pequeño ahorro. De modo que bajo todos conceptos, rivalizan nuestros hermanos de aquí en manifestar prácticamente la comprension de sus deberes y el deseo de cumplirlos hasta donde alcanzan sus fuerzas.

Una observacion he de hacer aquí que creo justa: esta Iglesia ha contribuido el año anterior con 40 reales mensuales para el alumbrado de gas; pero dicha cantidad es insignificante si se compara con el total gastado que asciende á 1.742 rs., de modo que la Iglesia ha pagado 480 rs. y el Comité de Edimburgo los 1.262 reales restantes.

Además de las limosnas de bienhechores que en las cuentas aparecen, esta Iglesia ha recibido los siguientes regalos: de Mr. Pyke-Nott, una Biblia de gran tamaño encuadernada en taflete, corte dorado, broches de plata y chapas del mismo metal con la dedicacion y escudo de la Iglesia grabados en ellas. De la Sociedad Bíblica de Lóndres, otra Biblia de gran tamaño encuadernada en taflete y corte dorado. De un miembro de esta congregacion un Himnario encuadernado en taflete y corte dorado. De un caballero de Sevilla, un hermoso cáliz de plata. De Mr. Williamson (de Liverpool), 200 Himnarios encuadernados en tela para uso de los asistentes al culto. De D. Guillermo Moore, un reloj de pared. A cuyos donantes todos da las más afectuosas gracias esta Iglesia.

En mi carta anterior le decia á Vd. que estábamos preparando una fiestecilla de Navidad para los niños de las escuelas. Esta tuvo lugar en la noche del día último del año, en el local de las escuelas. La reunion fué numerosa y animada de alegría y espíritu cristiano. Hubo oracion, discursos, canto de himnos, vistas de linterna mágica, regalos para los niños y dulces para todos. No soy largo en la descripcion, por no estender mucho esta carta. Pero no debo omitir que el Sr. Armstrong nos remitió algunos números de *El Cristiano*, y el Sr. Fliedner algunos libritos, y que los hermanos de aquí se encargaron con mucho celo y desprendimiento de proporcionar los juguetes y los dulces. Y me parece que así los pequeños como los mayores no verian con disgusto que la fiesta se repitiera; tan complacidos quedaron todos de ella.

Al fin del año tuvimos tambien una reunion para tratar de los asuntos de la Iglesia, y exponer á la congregacion el estado de las cuentas y todo lo que se habia hecho durante el año. La reunion terminó dando gracias á Dios por todas sus bondades, invocando su divino auxilio para el presente año, rogándole haga prosperar su Iglesia sobre toda la tierra, y colme de bendiciones á cuantos se interesan por las misiones españolas y especialmente á la Sociedad que sostiene esta Iglesia: á cuya Sociedad se acordó unánimemente enviar un ferviente voto de gracias.

El presente año le hemos empezado con buenos auspicios, dedicando la primera semana á la oracion, segun la costumbre de años anteriores, y en conformidad al programa de oracion para todas las Iglesias. La semana de oracion terminó el domingo 12 de Enero con la celebracion de la Cena del Señor, de la cual participaron 120 personas, siendo grandísima la concurrencia á tan solemne y religioso acto.

Aunque ya he escrito á Vd. sobre ella, mencionaré sin embargo la gran manifestacion anti-esclavista que tuvo lugar en esta ciudad el domingo 26 de Enero, á la cual asistieron gran número de individuos de esta congregacion. Pero lo más importante que aquí debo manifestar es, que los dos cultos de aquel domingo fueron dedicados en nuestra iglesia á implorar los auxilios del Señor en favor de los pobres esclavos, rogándole que se agradara romper pronto y para siempre las cadenas de los infelices africanos, y convertirlos á ellos y á sus opresores, para que como hijos todos de Dios y como

hermanos, se unan cordialmente en un abrazo cristiano. Y para este objeto oramos y oraremos en todas nuestras reuniones, hasta que el Señor se digne concedernos lo que le pedimos.

Para concluir le participo que mañana, Dios mediante, abriremos de nuevo las escuelas dominicales, que por varios motivos se habian suspendido durante algun tiempo.

Todo cuanto acabo de manifestar seria una vanidad, y toda la relativa prosperidad material de nuestra iglesia seria inútil, si no poseyéramos lo mejor, lo esencial: la conversion, la regeneracion del alma. Pero yo creo, por la experiencia que me dan mi cargo y mis años de trabajo, que en nuestra congregacion está el espíritu de Cristo, y que hay en ella un buen número de hijos de Dios. Y al reconocer esto con humildad, doy gracias al mismo Dios, porque sólo El es el que da los frutos, y por tanto á El sólo debe tributarse todo el honor y toda la alabanza.

Deseo, señor Presidente, para su congregacion iguales bendiciones que para la mia; y rogando á nuestro Dios y Padre llenar de gracia á ese Consistorio, queda de Vd., afectísimo. S. S. su hermano en Cristo Jesús.

JUAN B. CABRERA.

SEVILLA, 8 DE FEBRERO DE 1873.

NOTICIAS VARIAS.

El día 11 del presente se proclamó la República en España, como forma definitiva de gobierno.

El pueblo español ha dado pruebas en estos solemnes momentos de una sensatez y una moderacion cual ningun otro pueblo en el mundo ha dado.

Dios bendiga el nuevo orden de cosas y haga que todos los acontecimientos contribuyan á la gloria de su santo nombre.

El domingo 9 del actual, se distribuyó por primera vez la Cena del Señor, en la iglesia de las Peñuelas. El acto fué precedido de varias reuniones preparatorias, y cuando á juicio de los pastores encargados de la iglesia, sus miembros se encontraron suficientemente instruidos para comprender el significado de esta ceremonia religiosa, les permitieron tomar la comunión. El número ascenderia á unos 40. El acto fué presidido por los pastores Sres. Gimenez, Moore y Jameson.

RECTIFICACION.

En la Memoria inserta en nuestro número anterior, de la iglesia de Calatrava, no son 823 rs. los donativos de la congregacion y comité, sino 8.206 rs., con 17 cénts. Conste.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripcion es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.